

ADOLESCENCIA:

NUESTROS adolescentes —concretamos: 14 a 18 años— ¿dudan con frecuencia de la fe vital que recibieron en el seno de la familia? ¿Hay terreno para que esa revisión surja? ¿Hasta dónde es normal? ¿Hasta dónde provechoso?

Hay que huir del simplismo de considerar las “dudas de fe” como algo fundamentalmente cerebral, con toda su frialdad, donde caben distingos y subdistingos sin que sea todo el hombre el que se ve comprometido. No tratamos de las dudas de fe, químicamente puras. Porque quizás sólo se pudieran dar en cerebros en los que no cabe aleación posible de vida, pensamiento y futuro. Llamémoslo “toma de conciencia”, “revisión de vida religiosa”...

Claro está que con estas líneas no queremos dar una profilaxis para estas situaciones. Hay libros dedicados únicamente a este tema, imposible de expresar en el estrecho margen de una nota. Diría que tampoco pretendo diagnosticar. Únicamente, arrojar alguna luz sobre esta situación que, tarde o temprano, se presentará en una gran parte de nuestros adolescentes. No pretendemos más.

Para el adolescente que cabalga entre dos mundos —el de la seguridad in-

fantil hacia una estabilización adulta— la fe tiene un subrayado plenamente dinámico. Hasta que llega ese momento —variable en su presentación a escena por el temperamento, por el ambiente, por los acontecimientos —choque...— la fe, como visión de conjunto de una vida religiosa, aceptada sumisamente al borde del agua bautismal, ha sido la posesión tranquila, inalterable, dentro de lo que Guitard titula como “piedad imitativa”. No nos detenemos en señalar las vertientes psicológicas de una vida de fe en la infancia y pubertad. Nos centraremos en la adolescencia. Y precisamente en el momento en el que se siente a disgusto —un disgusto rebelde— con su pasado total, en el que también va incluida su actitud religiosa. Fe como postura del adolescente ante Dios y el mundo, escenario donde ha de realizarse.

La seguridad es un triste patrimonio para la adolescencia (1). Es a esa seguridad dominante a la que se quiere llegar, no por medio de la sumisión, sino por el de la insurrección (2). Momento difícil y peligroso porque lo mismo puede desembocar en una estabilización generosa que en una rebeldía sin fronteras. Llegó la hora del “replanteamiento”, de la “conversión nueva”, de la “re-volución”. Es la hora en que, “es necesario salir —como el pue-

CONVERSION NUEVA

Jesús M. G. Torralba, S. J.

blo judío de Egipto— de la seguridad. La pequeña seguridad satisfecha que ya no busca, que olvida la elección gratuita que representa la fe. Salir de Egipto, ponerse en un camino que se sabe poco, siguiendo la extraña nube, con maná sólo para cada día (3).

Cuando llega la nueva conversión

Nos la define BABIN: “el acto o el acontecimiento en el que el muchacho da a su vida una orientación en relación con los valores trascendentes, con una intensidad de conciencia y decisión tal, que termina así las ambivalencias de su adolescencia y fija profundamente (no definitivamente) el sentido moral y religioso de su destino adulto” (4). No hablamos de la duda de fe explicitada, sino de una toma de conciencia. Es que quizás tiene más de ruptura psicológica o, por lo menos, de “llamada a examen”, que de trauma teológico. Es la antigua “metánoia” (cambio de mentalidad) como base de la hiperactividad del adolescente que busca su propia reafirmación y autonomía en la oposición. Es la línea continuada que enlaza tanta “crisis”, en su sentido etimológico de “cerner”, porque “cada edad-tipo precisa ser bautizada, es decir, que a toda nueva experiencia de la vida corresponde un nuevo ahon-

dar en la fe” (5). No pensemos que estos quebrantamientos son simples desplantes de niños mal criados. Entrañan un doloroso ir y venir entre campo que se consideró propio y la tierra de nadie. “El paso de un pietismo tradicional y burgués a la vida verdaderamente cristiana —vida de humildad y caridad —es, por lo menos, tan penoso como el del ateísmo a la fe” (6).

Punto de arranque

La nota dominante en la piedad infantil quizás sea como hemos dicho ya, la seguridad, dependencia y confianza, precisamente porque se amoldan a las estructuras mentales del conocimiento infantil. Es una conclusión participada por la totalidad de especialistas que el padre —poderoso, eficaz ante el niño— es la concretización de la Omnipotencia de Dios, al tiempo que la madre, con su presencia acariciadora y su política oculta de detalles, es la personificación de la confianza y seguridad de Dios.

El sentido de lo sagrado se le manifiesta bajo los focos de la fascinación, que atrae y que repele al mismo tiempo. Lo “sacrum” es para el niño lo imperceptible, lo misterioso. La fe entra a gusto en esa pequeña clausura in-

fantil, donde apenas se da una elaboración subjetiva de las verdades ultraterrenas. Por supuesto que estas notas van acompañando a una infancia normal. De otro modo muy distinto hay que trabajar los elementos de una infancia inadaptada o simplemente sometida a diversas situaciones de choque, que no explicamos por no entrar en los márgenes de una simple nota.

También el adolescente comulga de ese sentido de lo sagrado. Es un conocimiento implícito, en el que entran en juego inteligencia, voluntad y afectividad, antes de que estas facultades se distingan en su diferenciación específica. Más, las dominantes del sentido de lo sacro en el adolescente no serán tanto el sentido trascendente interior ni el sentimiento de lo que fascina misteriosamente, cuanto un marcado flujo y reflujo de atracción y repulsa. Y a menudo, el cruzarse de brazos y decir: "es la vida", "estaba escrito"...

Pero el sentido de lo sagrado no es la fe, ni tampoco es demostrativo de una postura religiosa vital. Es por esto por lo que debe llegar el momento en que no cuente para nada la velocidad adquirida en el desarrollo de la piedad infantil. Es el camino contrario al que sigue el adulto que se bautiza (7). Para llegar a ese bautismo ha sido precisa antes una conversión, una situación personal ante el Dios que nos salva. El

adolescente debe recorrer el camino opuesto. Parte de un bautismo, donde recibe el título de la filiación y la promesa de alcanzar la heredad del Padre, en la hermandad con Cristo... No todo está hecho. Porque llegará el momento en que el muchacho se vuelque de bruces en una conversión necesaria. Repetimos que no es re-planteamiento de la fe dogmática, objetiva, en la que no hay resquicio para la duda, sino la señalización de lo radical y definitivo de la fe objetiva para liberarla de una falsa jerarquía de valores, impuesta por lo externo. La fe, viva no la olvidemos, es un tender a la búsqueda apasionada, como tarea ineludible del cristiano consciente que debe hacer del cristianismo un descubrimiento personal. El muchacho, a menudo, piensa que "es una desdicha abominable ser buen chico. Tenemos muchos espíritus dulces, estáticos, individualistas, blandamente aburguesados, que no son capaces de inflamar la bomba del anarquista, pero que tampoco lo son de lanzarse a la brutal y desafortunada empresa de cristianizar a la humanidad" (8). Entonces podemos decir que ha llegado la maduración, aunque todavía sujeta a un progreso. El conformismo de la niñez —¿qué valor puede tener la fe que se basa en él?— ha dejado de ser ambiental en el re-planteamiento personal de una adhesión vivencial a la fe del bautismo.

Mas, ¿y si no hay "crisis"? Dos respuestas. Puede indicar que no ha habido disociación de desarrollo en los componentes biológicos, intelectuales, anímicos y religiosos del niño en su paso a la adolescencia. Es el fruto de un acierto en la recta orientación de la vida de fe que no debe estancarse estáticamente, sino que debe participar de progreso dinámico de las facultades y elementos que integran la vida del

(1) BONDAT, A. «Juventud y familia en la era del átomo». Barcelona 1963. p. 87.

(2) ANDRE BRIEN, «Fisiología espiritual del adolescente» Pastoral de la Adolescencia, Salamanca, 1963. p. 90.

(3) GOMIS, JQ. «Esbozo de un camino», en «Generaciones Nuevas, Palabras Nuevas». Madrid 1960, p. 109.

(4) BABIN, P. «Los Jóvenes y la Fe» Barcelona 1962, p. 59.

(5) RETIF, L. «Renovación Pastoral al servicio de la adolescencia», en «Pastoral de la Adolescencia», p. 146.

(6) MOUNIER, E. citado por BABIN en o. c. pág. 55.

(7) RETIF, L. Obra citada. pág. 126.

(8) SALVA, M. «Buenos chicos y cristianos de presa», en «Generaciones Nuevas, Palabras Nuevas», pág. 23.

hombre. Quiere decir que no es preciso cambiar de postura cuando llegue para el adolescente la hora clave del compromiso y que existen suficientes garantías de maduración. Pero, hay otra respuesta, aunque en forma de pregunta. Si no hay "crisis", ¿no será porque ni aun tangencialmente se ha hecho presente una vida de fe abierta al misterio y a la vivificación? Si no hay "re-volución", ¿no será porque antes no hubo "evolución"? Esto es más grave pastoralmente, por el carácter de accidentalidad que se le da a la revelación de Dios en la vida de los hombres. Es un absentismo fatal en el problema cumbre. "Si el creyente —podemos poner: adolescente— no acomete animosamente la tarea de dar a la fe su rostro actual, su fe le resultará mucho más peligrosa que si no se hubiera tomado la molestia de exponerse a ese riesgo" (9).

Apuntes psicológicos para-pastorales del adolescente

La adolescencia se puede definir, así lo hace J. M. de Buck, como "metamorfosis", pero acentuando lo que esa expresión tiene de dinámico, diríamos que camina hacia una maduración como término. Es una ruptura del equilibrio, incluida sin embargo en una continuidad psicológica, dentro de la cual se van acogiendo todos los variados componentes que harán del adolescente un hombre. Brevemente apuntamos un bosquejo.

Aun inconscientemente, el muchacho siente el deber de conquistarse a sí mismo y de conquistar además una existencia independiente. Se debilita —¿só-

lo debilitar?— lo que hasta entonces había sido "el criterio de lo bueno y verdadero": lo que dicen los padres o personas mayores puede ser verdad o puede ser mentira. Lo que hacen quizás esté bien, quizás no... La familia —que era albergue y cerco— es considerada como un obstáculo en sus apetencias de ser "él mismo". No se admiten las afirmaciones dogmáticas, sobre todo si están teñidas de violencia en su exposición o imposición. "Los jóvenes de hoy desconían del aspecto dogmático, así como del místico-especulativo, cuando se presentan aisladamente, pues aspiran a encontrar "verificado" el cristianismo en una sobria y eficaz religiosidad de la acción. El sentido positivo y realista de esta generación se expresa también en su actitud religiosa" (10).

Tampoco se admite protección alguna en el proceder externo, porque su desarrollo y fuerza física le avalan. La sexualidad entra en escena, al tiempo que se despierta al máximo la inteligencia crítica: por el cedazo de su examen sin piedad va penetrando hasta lo que fue para él lo más íntimo, su propio ser. También lo que no es él. "¿A qué valores quereis que nos aferremos, cuando todo ante nuestros ojos se transforma, se disgrega o se corrompe? Nosotros somos nuevos en un mundo nuevo... Por qué continuar creyendo o fingiendo creer, lo que es peor en los viejos valores, cuando llegamos justamente a punto precisamente, para levantar el acta de quiebra?... ¿No comprendéis que el desquiciamiento es total? Todo está por forjar de nuevo" (11). Fijémonos, como nota especial de este excepcional testimonio, que este muchacho francés habla de "valores", no de "verdades". ¿No será porque nuestra juventud realiza una búsqueda sin fin de lo "bonum" y no tanto de lo "ve-

(9) RAHNER, K. «La fe del sacerdote de hoy», en *Selecciones de Teología*, II (1963) 253. Entiende Rahner «el rostro actual de la fe» en cuanto que cada época y cada cristiano debe «realizar» su propia fe, como tarea que cumplir.

(10) ARANGUREN, J. L. «La Juventud Europea y Otros Ensayos». Barcelona, 1961 pág. 44.

(11) Testimonio recogido por P. MACAIGNE en «Le Figaro», 21 mayo 1960.

rum"? (12). En el fondo, es el anhelo de infinito que les muerde duro. "No sé a dónde voy, pero voy allá..." ¿No es significativa la expresión? No creo, de ninguna manera, que la adolescencia de hoy sea apáticamente débil en cuanto a ideales. Es un tópico fácil. No se puede admitir sin más la afirmación de LEFEBRE: "De todas maneras, parece que hoy, en Francia, la juventud ha dejado de ser la edad de la audacia y de la aventura". ¿Hasta dónde podemos creer —sin adentrarnos en el cinismo— a aquel muchacho que escribió en la portada de su cuaderno escolar: "Si tienes deseos de trabajar, tiéndete en la cama hasta que se te pase..."

Existe en fin, para los que penetran en el alma del adolescente de hoy una visión raramente sospechada de la capacidad de sacrificio que desarrollan en función de una célula, de una "banda", y, aun del prójimo más distante, cuando descubren que para llegar a la posesión de sí mismos hay que ir por el camino de la entrega a los demás. Lo que frecuentemente sucede es que "nadie les llama". Es una pena, "porque la aspiración fundamental del adolescente, y sobre todo del adolescente moderno, desorientado en medio de las muchedumbres de nuestras grandes ciudades, es la de ser llamado por su nombre... Está pronto a saltar con todas sus fuerzas en la dirección de esta llamada, con la condición de que le haya sido hecha de un modo verdaderamente personal..." (13).

Tipología del despertar religioso

Para ELIZABETH B. HURLOCK (14) existen dos tipos de despertar religioso.

(12) «El acto de fe es un acto de la inteligencia determinada en parte por la influencia del querer. Así es que el acto de fe está en relación con el objeto de la voluntad, que es el bien y el remate, y con el de la inteligencia, que es la verdad». S. TOMAS, II-II, q. 2, a. 2.

(13) BRIEN, A., o. c. pág. 108.

El "gradual", que equivale a un lento proceso de revisión de creencias e ideas religiosas que sólo se han entendido parcialmente durante la infancia, y el "brusco" ("catastrófico" lo subtitula ella), que se caracteriza por la tormenta y tensión con experiencias emocionales vividas y a veces mórbidas de temores, sentimiento de culpabilidad y vergüenza. Afirma que el temperamento del adolescente es también un factor importante para determinar el comienzo o desarrollo de este despertar religioso. El ser impetuoso o melancólico predisponen al individuo a tener un ideal religioso carente de firmeza y muy emotivo. En contraste, el individuo calmado, sereno, alegre, seguirá un curso pacífico en su evolución religiosa. El adolescente que se critica excesivamente a sí mismo y a los demás, o que posee inclinaciones extremistas, tendrá mayores perturbaciones emocionales concomitantes con su aumento de interés religioso que el adolescente de temperamento sereno.

ALOIS GRUBER (15) no se fija tanto en el modo, cuanto en las etapas, distinguiendo un despertar religioso como primer estadio —de 11 a 14— al comienzo ya de la fase de activación, un planteamiento de problemas en el que caben análisis e intentos de reajuste —15 a 17 años— y un tercer momento, como final de una gradual fijación.

En parte, coincide con el análisis que BABIN hace de lo que él llama "la gran adolescencia". Aplica el nombre de "ritmo ternario" (16) para indicar que estas etapas tienen más de períodos cíclicos que de compartimentos exactos. Una primera ola de inseguridad moral muy profunda. Sigue un estado de reflexión y de ahondamiento intelectual

(14) «*Psicología de la Adolescencia*». Buenos Aires, 1961, pág. 308.

(15) GRUBER, A. «*Pubertad: Desarrollo y Crisis*», 1963, pág. 267.

(16) BABIN, o. c. pág. 104 y ss.

para acabar en un estado de decisión, de compromiso, de firmeza en la dirección elegida.

Caracteres de la maduración religiosa

Nos servimos de BABIN (17), extractando:

1.—Abandono de las seguridades infantiles, así como de ciertas formas simplistas y subjetivas de la fe infantil.

2.—Purificación de ciertos acercamientos artificiales entre moral del medio, práctica secundaria, devoción de segundo plano y vida de Iglesia.

3.—Reconocimiento de la dimensión humana y pecadora de la Iglesia terrenal.

4.—Conciencia de una vocación personal y del compromiso de la caridad.

5.—Sentimiento de seguridad intelectual en la adhesión a la fe objetiva de la Iglesia.

¿Deseable o contraproducente?

Porque no cabe duda de que esta "toma de conciencia" tiene sus riesgos. Los cuatro testimonios que aducimos a continuación están a favor. No hemos encontrado ninguno en contra.

Estima NOIRFALISE, A. (18) que "para los jóvenes, la crisis de fe es una fuente de cuidado y de sufrimiento, pero quizás es sobre todo una etapa en la purificación y en la ascensión auténtica hacia Aquel que no buscarían si no le hubieran encontrado".

GESCHE, A. (19): "Bajo esta perspectiva se comprende mejor que es nor-

mal y, de crisis pasajeras, más o menos profundas, lejos de la "imperturbable serenidad". Porque la prueba es una condición del crecimiento. El inevitable desgarramiento que estas crisis suponen con el pasado manifiesta la llamada a una promoción de mi ser-en-el-mundo".

Para BABIN, especialista en el tema tratado, es claro. "Es preciso despertar una toma de conciencia personal y después suscitar cuestiones, y apoyarse, no en problemas de fe que no existen, sino en problemas concretos de vocación, de profesión, de amor (20)..."

Finalmente, E. JOLY (21): "No creemos en ninguna fe que nunca haya sido replanteada. Háysese sido educado en el catolicismo o se haya vivido siempre en un medio ateo, es preciso, un día u otro, convertirse a Jesucristo".

En consecuencia: "Nadie se conoce a sí mismo antes de la inseguridad que suscita la prueba" (22).

Ciertamente, quizás algunas de las expresiones usadas en los textos que aducimos sean extremosas. Lo deseable es que el desarrollo religioso sea normal de tal modo que no tengan por qué presentarse esas crisis descritas anteriormente. Y no por eso el catolicismo de esos muchachos será menos fiel. Para ellos no eran estas líneas.

Confiemos abiertamente. Nuestros adolescentes poseen un gran coraje. Saber encender la chispa es lo propio de los educadores. No demos nosotros la impresión de desvalimiento. Los jóvenes saltarán en su gozo el día que encuentren la alegría de Dios. Sin duda alguna.

(17) BABIN, o. c. pág. 117.

(18) NOIRFALISE, A. «*Les jeunes perdent-ils la foi*» en *Famille, Collège et Institut*, 20 (1962-63) 81 y 169.

(19) GESCHE, A. «*La foi est une victoire*», en *Feuilles et Notes de Pastorale Familiale*, dec. 1963, jan. 1964.

(20) BABIN, o. c. pág. 68.

(21) JOLY, E. *Qu'est-ce que croire*. Colección «*Je sais, je crois*».

(22) S. ACUSTIN, primer sermón «*Sobre los Salmos*».